



PACIENCIA CON LOS ALEJADOS

Jorge A. Sierra (La Salle)
@jorgesierrafsc

**EN CLAVE
VOCACIONAL, EL
PRIMER PASO NO ES
HABLAR DE ESTADOS
DE VIDA, SINO
ENTRAR EN LA VIDA
REAL DEL JOVEN:
DESEOS, MIEDOS,
FRUSTRACIONES,
BÚSQUEDAS.
PREGUNTAS ÚTILES:
¿QUÉ TE ESTÁ
DANDO VIDA?, ¿QUÉ
TE PREOCUPA DEL
MUNDO?, ¿QUÉ TE
BLOQUEA?, ¿QUIÉN
TE HA HECHO BIEN?**

Hace poco, en un diálogo con estudiantes de ciencias religiosas, discutíamos acerca de la necesidad de “planes” y de la necesidad de, sencillamente, “estar con los jóvenes”. En pastoral juvenil solemos invertir mucha energía en objetivos, calendarios y actividades. Es totalmente necesario, porque si no hay “preparación”, no hay “ejecución”, por lo que los criterios teológicos y pedagógicos que orientan el proyecto son imprescindibles, siempre desde la situación concreta de los jóvenes. Si cambiamos esos criterios, cambian también las acciones, como seguro que hemos experimentado más de una vez.

Muchas veces nuestra pastoral –sobre todo cuando es del “siempre se ha hecho así” y específicamente para la pastoral vocacional– tiene un enfoque ideológico–conceptual en el que se entiende la vocación como un don “ya dado”, casi una semilla que hay que descubrir. La pastoral, entonces, se concentra en identificar quién “tiene vocación” y en ayudarlo a reconocerla. El riesgo es convertir el camino en examen y la vocación en un ideal prefabricado. Quizás podemos optar por un enfoque más narrativo–experiencial, que propone otra imagen: la vocación como identidad en construcción, tejida por vínculos y decisiones a lo largo de la biografía, hasta formar una narración en la que se descubre el don de Dios. Vocación como pertenencia e identificación históricas: preguntas y respuestas que maduran, niveles de pertenencia que se profundizan, opciones que se consolidan en contacto con la vida.

Desde ahí, podemos hacer tres “desplazamientos”: en primer lugar, pasar del “explicar” al “escuchar”, es decir, una pastoral que escucha, comprende y propone con lenguaje comprensible. En clave vocacional, el primer paso no es hablar de estados de vida, sino entrar en la vida real del joven: deseos, miedos, frustraciones, búsquedas. Preguntas útiles: ¿qué te está dando vida?, ¿qué te preocupa del mundo?, ¿qué te bloquea?, ¿quién te ha hecho



PARTIR DE HISTORIAS QUE YA HABITAN EN ELLOS PARA PROVOCAR PREGUNTAS: "¿DE VERDAD ESTÁS HACIENDO LO QUE QUIERES HACER?", "¿QUÉ TE LLAMA?", "¿QUÉ TE DA MIEDO PERDER?".

bien? En segundo lugar, pasar de "director" a "interlocutor". De esta forma, el acompañamiento cambia de rol: menos "autoridad que revela la llamada" y más interlocutor cualificado. Interlocutor es quien ayuda a narrar, ordenar experiencias, poner nombre a movimientos interiores, confrontar con la Palabra y tomar decisiones pequeñas pero reales. La técnica pastoral aquí es simple: pasar del "qué hice" al "qué me pasó por dentro". Y, en tercer lugar, pasar del "adivinar el plan" a "leer la vida con fe". Así el discernimiento no se reduce a encontrar un mapa oculto, sino a leer llamadas concretas "de cada día" y respon-

der con amor, especialmente desde el lugar del pobre. El trípode salir-ver-llamar lo resume bien: salir de rigideces, ver pasando tiempo y escuchando historias, y llamar despertando deseo con preguntas sin respuestas fáciles.

¿Cómo podemos hacerlo? En varias ocasiones hemos hablado de la importancia de "recuperar la narración", así que podemos empezar por un taller de relato vocacional (primero con los agentes, luego con jóvenes), en el que escribamos el propio relato vocacional brevemente: fechas, lugares, hechos, encuentros, personas, experiencias, y un "hilo conductor". Es una

herramienta excelente para equipos de pastoral: antes de pedir a los jóvenes que narren, aprendemos nosotros el método. Para jóvenes podemos adaptar el ejercicio con claves sencillas ("tres momentos", "tres personas", "tres preguntas") y cierre en oración. Importante: compartir siempre voluntario; lo obligatorio es el proceso, no la exposición.

También podemos trabajar, como seguro que hacemos en nuestros proyectos, proponiendo experiencias de ruptura con lectura creyente. En una sociedad de bienestar, ofrecer "experiencias de ruptura" no debería ser una actividad extraordinaria, sino

como contacto estable con realidades que descentran (acompañamiento a mayores, apoyo escolar, visitas a enfermos, colaboración con proyectos sociales...). La clave metodológica está en que cada experiencia termine con una lectura narrativa: ¿qué vi?, ¿qué sentí?, ¿qué me pregunta Dios aquí?, ¿qué compromiso concreto sostengo, por ejemplo, este mes?

A pesar de lo que digan las estadísticas, que subrayan cómo cada vez somos más individualistas, es necesario crear "hábitos de grupo", algo que no se reduce a un "ambiente católico", sino a crear espacios evangélicos críticos con la lógica dominante. Traducido a práctica: cuidar tiempos de calidad para el encuentro, situarnos donde nuestra presencia no sea indiferente, y ofrecer una visibilidad sana y alegre de las diferentes vocaciones cristianas.

Algunos hábitos concretos ayudan mucho: 5 minutos de silencio real en cada reunión; revisión de vida mensual; un voluntariado estable (no solo campañas); y una comunidad que celebra lo pequeño (porque, no lo olvidemos, la alegría también llama).

Por último, buscar lenguajes que abren conversación: relatos culturales –¿algún pastoralista no ha escuchado con esperanza lo último de Rosalía?– que representen a los jóvenes sin estereotipos, con humor y sin confrontación barata. El criterio es claro: partir de historias que ya habitan en ellos para provocar preguntas: "¿de verdad estás haciendo lo que quieres hacer?", "¿qué te llama?", "¿qué te da miedo perder?". No se trata de "meter un tema", sino de tender un puente narrativo hacia lo esencial: la experiencia de fe. Incluso algo tan aparente-

mente superficial como ver la película "La llamada" puede ayudar.

Tomáš Halík, en su recomendable libro *Paciencia con Dios. Cerca de los lejanos* recuerda a Zaqueo mirando desde lejos, hasta que Jesús lo llama por su nombre. En pastoral, eso se traduce en identificar los "Zaqueos" cercanos (los que observan pero no se acercan), dedicarles tiempo sin invadir y atrevernos a una palabra personal: "te veo", "confío en ti", "caminamos contigo". Como vemos, una pastoral narrativa y experiencial no renuncia a proponer; cambia el orden: primero la historia, luego el sentido sentido; primero la experiencia, luego el nombre; primero la pertenencia, luego la opción. Y, en ese camino, la pregunta vocacional aparece con naturalidad, libertad y verdad.

